

Todos Debemos, Pero no Todos Podemos Hacer Política: Cabral

:: El Refranero Argentino Habla de Borges, de su Libertad, de Buenos Aires y Teresa



por Victoria AZURDUY

¿Qué soy yo? Un tipo que está buscando ser él mismo.

Barbudo, con pantalones de mezclilla, sarape, una blusa blanca y destilecada, ahí, y zuecos; pulsa la guitarra, mientras en el Polyotrum un séquito de amigos o representantes se mueven en torno a Facundo Cabral.

Mientras canta sus canciones, contesta o mejor dicho, cuenta lo que le va viniendo en ganas:

"Qué me importan los que viven a costillas de la historia los que viven de migajas de la gloria (...)

"Cuando me gritan: ¡Anda, barbudo, lavate! Crees que pienso, que puedo compartir algo con esa gente? No. Con ellos no me interesa compartir nada". Para Facundo, Mao, hubiera fracasado en América Latina. Un régimen como el suyo —a su criterio— les hace falta a los que no saben elegir su vida. ¡Claro!, especifica que habla de cierta gente, de la que está en condiciones de elegir. Y de éstas, las que deciden por sí mismas son las que viven bien.

Primero soy filósofo, después político. Creo que todos debemos, pero que no todos podemos. (Hacer política).

Viene de Buenos Aires. Su impresión es tétrica. Estuvo con Piazzola, con el pintor Pérez Celi, con el poeta Horacio Ferrer y con Borges.

—¿Sabes? Me regaló varios poemas inéditos, para que yo haga lo que quiera con ellos. Pero no los podría cantar. Sería horrible que apareciera Jorge Luis Borges y Facundo. ¿No te parece?

Pero los va a recitar. Uno por noche. También, en ese Buenos Aires que siente como una mujer a la que no supo "ganar" (la voy a amar siempre, pero sé que la he perdido, nos dijo) tuvo la suerte de estar con Troilo en sus últimos días. Y vino casi hecho un refranista. Adagios, refranes y proverbios. Cuando no, algún verso o alguna cita de la Biblia.

¿Crees en Dios? Le preguntamos entre algún respiro.

Sí. Y por eso me dicen "metafísico". Yo soy anárquico. Pero entendé bien. En el buen sentido de la palabra. Cuando se sabe quién se es, recién uno comienza a ser útil para la sociedad.

—Y cómo se sabe eso. Teníamos curiosidad por enterarnos.

Mirá, hay una especie de "alcahuete" sublime que te lo indica. Uno tiene que darse cuenta cuando aparece la verdad. Es el caso del artista. Hay quienes trascienden —universalmente— y otros no. Neruda y Discépolo por ejemplo, entre los dos hay dificultades. Pero la gente pocas veces o nunca se entera. Modigliani y Van Gogh —y a no ser por su hermano— ¿no se morían de hambre?

Felo rizado, treinta y ocho años que no demuestra, encuentra su justificación en su trabajo, elegido en plena libertad según asegura.

—El esclavo debe llegar a la libertad y el libre a buscar la belleza. Por eso mi trabajo es una tarea, no una carga. Yo no recibo dinero maldito. Sería así, si lo recibiera haciendo algo en lo que yo no creo.

¿Y dónde estaría la injusticia, entonces?

—La injusticia ¿dónde vive? (Siempre en voz alta, y con tono grave —después de acariciarse la barba—) contestó:

—En el espejo de uno.

Ama a Whitman, a García Lorca, a Rilke. Contó que en sus charlas con Borges, refiriéndose al autor de "Oda a mí mismo" Facundo le dijo que lo sentía como su amante. Entonces, Borges —su madre acaba de morir apenas unos días atrás— dando muestras de gran plerplejidad, murmuró:

—"¿Casi su amante? ¡Con razón! Yo sospechaba que con alguien Walt me era infiel!

Se levantó de la silla. Subió y bajó del escenario mientras respondía a las preguntas. Probaban su repertorio nuevo con los micrófonos. Probaban también las luces. Todo tenía la melancolía que en este tiempo solía tener Buenos Aires. Música de milongas, vinguelas y zambas para fondo de sus canciones, que, como aclara, "todos las escuchan, porque es el decir de un individuo".

Para Facundo Cabral, o para el Indio Gasparino, o en fin, para este enamorado de su libertad que proclama, el problema comenzó cuando un hombre dijo: ésta es mi mujer. Hasta que las consecuencias —de la pareja— dijeron: éste es mi país. Por eso, habla de Teresa en sus canciones. Un ser prodigioso, e increíble, que vive en Temperley —un suburbio de Buenos Aires y que se entrega totalmente al mundo, o al menos, al entrevistado.

No tengo nada y esa es mi libertad.

Eso le contestará si alguien se lo pregunta, y si no, también.

Aprendió, en la mitad de ese camino que ha iniciado, a reconocer los flores en la oscuridad —por lo menos diez— y a encontrar la verdad en la Biblia. Mientras tanto, a mitad del recorrido, canta en el Polyforum:

"Yo no tengo patronos porque no quiero". (Hay, y muchos, que no quieren. Pero los tienen).

"Yo no soy prisionero porque no puedo".